

## *El libro de arena y la obra total* (Borges, cuarenta años después)

**Javier Roberto González**  
Academia Argentina de Letras  
Universidad Católica Argentina  
CONICET

Un 14 de junio de 1986, hace 40 años, moría Borges en Ginebra; once años antes, en marzo de 1975, aparecía en Buenos Aires, bajo el sello Emecé, la colección de cuentos *El libro de arena*; ocho meses antes, en julio de 1974, la misma casa editorial daba a la luz la primera edición de las *Obras completas* del escritor, reunidas en un único y compacto tomo que se ha convertido hoy en objeto de culto. Las consideraciones que siguen, con el pretexto de conmemorar las cuatro décadas de la partida del autor, se proponen vincular este definitivo y capital aniversario con los otros dos, de menor relevancia en apariencia, y estrechamente vinculados entre sí por razones biográficas, literarias y anímicas, según hemos de conjeturar.

El hoy devenido icónico, casi totémico volumen de tapas verdes que declaró en su momento reunir la totalidad de la obra literaria de Borges, apareció con colofón de julio de 1974<sup>1</sup>. Pocos meses antes, en un reportaje concedido a Miguel Briante, Borges advertía que sus *Obras completas* incluían muchos cambios, sobre todo en las composiciones en verso, respecto de las ediciones primeras o previas de los libros que las integraban, y que además había suprimido textos e incluso libros enteros, ya que «creo que como yo seré juzgado por ese libro, porque ese libro reúne cincuenta años de labor literaria, es que prefiero que me conozcan como el que soy ahora»; también admitía que «hubiera querido hacer un libro menos abultado», ya que «este libro me parece bastante imponente. Tiene mil doscientas páginas»<sup>2</sup> –Borges exagera o al menos redondea, pues el volumen tiene exactamente 1161 páginas–. Más o menos por aquellos mismos días, Bioy Casares anotaba en su diario del 16 de mayo que en Emecé, «al saber que [Borges] se obstina en dejar caer varios de sus primeros libros (*El tamaño de mi esperanza*, etcétera), comprendieron que no podrían llamar *Obra completa* al volumen que

<sup>1</sup> BORGES, JORGE LUIS. *Obras completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé, 1974.

<sup>2</sup> BRIANTE, MIGUEL. «Jorge Luis Borges: “Cuando escribo algo como Borges, lo borro”» [En línea]. En *Eterna Cadencia*, 01 de noviembre de 2019. <https://eternacadencia.com.ar/blog/jorge-luis-borges>.

preparan, lo que, naturalmente, le restaría gran parte de su eficacia comercial. Alguien sugirió de inmediato la respuesta que todos aceptaron: llamar al libro *Obras completas*. “Ninguna de las que se incluyen estará incompleta”, alegan<sup>3</sup>. Tampoco aquí Borges es del todo veraz en su relato para Bioy, pues bien sabemos que varias de las obras recogidas excluyen, por decisión innegociable del autor, textos particulares que ya no le satisfacían, o que juzgó inútil o imposible tratar de corregir. La aparición del volumen de *Obras completas*, como vemos, despierta en el autor una genuina satisfacción mixturada con algo de asombro y acaso de vértigo ante el espectáculo de toda –o casi toda– su producción literaria reunida en un solo volumen, ante el intento de condensar en un libro una vida entera dedicada a una incesante creación que incluye, como parte inescindible de su praxis, la corrección, y aun la supresión de textos que constantemente se reformulan y redefinen.

No sabemos exactamente cuándo redactó Borges las escasas páginas de su cuento «El libro de arena», publicado por primera vez en el tomito que lleva este mismo título, y que Emecé editó por fuera de las *Obras completas* en marzo de 1975<sup>4</sup>, apenas ocho meses después de la aparición de estas. La crítica del momento no recibió con demasiado entusiasmo esta nueva colección de cuentos de Borges, de quien no había dejado de esperarse, desde 1949, el milagro de un nuevo *Ficciones* o un nuevo *El aleph*, milagro que, naturalmente, era imposible que se repitiera. Emir Rodríguez Monegal refleja en su reseña el sentir general de aquellos primeros lectores profesionales, al señalar como característica principal de los relatos de *El libro de arena* su falta de originalidad y su carácter reiterativo respecto de los grandes cuentos del autor; minuciosamente, el crítico le baja el precio a «El congreso» reputándolo una reelaboración de «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», a «Ulrica» por reiterar el poema «Le regret d’Héraclite» de *El hacedor*, a «There Are More Things» por provenir de «El testigo» –relato escrito en colaboración con Bioy, perteneciente a *Dos fantasías memorables*–, a «La secta de los treinta» por retomar «Dos versiones de Judas», a «La noche de los dones» por rehacer tanto «Biografía de Tadeo Isidoro Cruz» cuanto «El fin», a «El espejo y la máscara» y «Utopía de un hombre que está cansado» por limitarse a reelaborar como ficciones, respectivamente, sus famosos

<sup>3</sup> BIOY CASARES, ADOLFO. *Borges*. Edición al cuidado de Daniel Martino. Buenos Aires: Destino, 2006, p. 1482.

<sup>4</sup> BORGES, JORGE LUIS. *El libro de Arena*. Buenos Aires: Emecé, 1975.

ensayos sobre las Kenningar de *Historia de la eternidad* y «La flor de Coleridge» de *Otras inquisiciones*, a «Undr» por refundir –y abreviar– algunos pasajes de «El inmortal», a «El soborno» por volver a narrar en clave laica «Los teólogos», a «Avelino Arredondo» por reescribir «La espera», a «El disco» por ser la mera reencarnación de «El zahir», y por último, a «El libro de arena» por repetir y condensar innecesariamente «La biblioteca de Babel». Adviértase que «El otro» queda sin recibir un cargo concreto de autoplagio; tal vez agotado por su denodada búsqueda de referencias puntuales, y para no dejar al primer relato del volumen huérfano de su correspondiente acusación, Rodríguez Monegal lo despacha remitiéndolo a la genérica fuente de la totalidad de los textos borgeanos<sup>5</sup>. Es curioso que alguien que ha demostrado en reiteradas ocasiones su profundo conocimiento de la obra de Borges, y que no ignora por lo tanto la condición raigalmente unitaria y orgánica de esta, pueda reputar como circunstancia particularmente destacable el hecho de que existan temas, motivos, símbolos y obsesiones que se reiteren, reaparezcan, dialoguen y cosignifiquen a través de los libros y a través de los años.

Pero lo que nos interesa es la remisión genética y temática de «El libro de arena» a «La biblioteca de Babel», afirmación tópica y reiterada de la crítica<sup>6</sup> y casi diríase tautológica, pues es el propio Borges quien por primera vez la formula, proféticamente, en la nota al pie que cierra el texto de su cuento de *Ficciones*:

Letizia Álvarez de Toledo ha observado que la vasta Biblioteca es inútil; en rigor, bastaría un *solo volumen*, de formato común, impreso en cuerpo nueve o en cuerpo diez, que constara de un número infinito de hojas infinitamente delgadas. (Cavalieri, a principios del siglo XVII, dijo que todo cuerpo sólido es la superposición de un número infinito de planos.) El manejo de ese *vademecum* sedoso no sería cómodo: cada hoja aparente se desdoblaría en otras análogas; la inconcebible hoja central no tendría revés<sup>7</sup>.

Es evidente que esta coda de «La biblioteca de Babel» apunta al bien recordado introito y a algunos de los pasajes definitorios de «El libro de arena»: «La línea consta de un número infinito de puntos; el plano, de un número infinito de líneas; el volumen, de un número infinito de planos; el hipervolumen,

<sup>5</sup> Cfr. RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR. «Borges: la traza de la novela». En *Plural*, n° 5/1 (1975), pp. 58-60.

<sup>6</sup> Cfr. BLANCO, MERCEDES. «Nouer une corde de sable. À propos de la nouvelle “El libro de arena”». En *Variaciones Borges*, n° 10 (2000), p. 105-107; DÁVILA, M. JESÚS Y GABRIEL E. LINARES. «*El libro de arena* (1975) de Jorge Luis Borges: notas para una relectura». En *Ciencia ergo sum*, n° 29/2 (2022), p. 4.

<sup>7</sup> BORGES, JORGE LUIS. «La biblioteca de Babel», *Ficciones*. En sus *Obras completas I (1923-1949)*. Edición crítica anotada por Rolando Costa Picazo e Irma Zangara. Buenos Aires: Emecé, 2009, p. 866.

de un número infinito de volúmenes»<sup>8</sup>; «Apoyé la mano izquierda sobre la portada y abrí con el dedo pulgar casi pegado al índice. Todo fue inútil: siempre se interponían varias hojas entre la portada y la mano. Era como si brotaran del libro»<sup>9</sup>; «El número de páginas de este libro es exactamente infinito. Ninguna es la primera; ninguna, la última»<sup>10</sup>. Pero así como decide Rodríguez Monegal que detrás de «El otro» alienta como vasto hipotexto la práctica totalidad de la obra anterior de Borges, no es menos evidente que «El libro de arena» remite no solo, explícita y directamente, a «La biblioteca de Babel» – pues así como esta representa la suma de todos los libros reales y posibles mediante una combinación exhaustiva de los signos alfabéticos disponibles, aquel representa la suma de todos los textos reales y posibles mediante la infinita generación de nuevos textos que se originan unos a partir de otros mediante la división infinita de cada una de las páginas del volumen–, sino también a la totalidad de la obra previa de Borges, entendida precisamente como el máximo paradigma moderno de la intertextualidad, de una textualidad que nace como relectura de textos anteriores, como reelaboración de todos los libros de todas las culturas, pero que nace también como profecía y primicia de una incesante actividad de reescritura que reconoce a la obra de Borges como inspiración y principio, como modelo de ficcionalidad y de *textofagia* absoluta. Sin pretensión alguna de originalidad en la metaforización, diríamos que el cuento «El libro de arena» es el *aleph* de la propia obra de Borges, que en él se alude a su entera literatura, que en él se concentra y densifica el principio central de su praxis literaria, la idea de que, por una parte, todo texto remite a una red infinita de textos previos a los que reescribe, y por otra, que ese mismo texto es en sí infinitamente releíble e interpretable, y que genera así una pansemiosis sin fin que no cesa de desatar más y más sentidos con cada nueva lectura. El símbolo de la hoja que se desdobra en dos, en cuatro, en ocho, en dieciséis, *ad infinitum*, no es otra cosa que la representación material de las infinitas lecturas y los múltiples sentidos posibles de un único texto, que es por ello, por definición, todos los textos.

No podemos, desde luego, demostrarlo, pero proponemos como conjetura plausible –no nos atrevemos a decir hipótesis, porque toda hipótesis debe contemplar al menos la posibilidad de una

<sup>8</sup> BORGES, JORGE LUIS. «El libro de arena», *El libro de arena*. En sus *Obras completas III (1975-1985)*. Edición crítica anotada por Rolando Costa Picazo. Buenos Aires: Emecé, 2011, p. 68.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 69.

demostración, y lo que diremos no la admite— que en la génesis de «El libro de arena» jugó un papel de peso la circunstancia vital y cronológica de la edición del volumen de *Obras completas* de Borges de 1974. A menudo las ideas, por claras que sean y evidentes que resulten, no terminan de tomar cuerpo hasta que no las vemos encarnadas en un objeto, en un emblema, en una cosa visible y tangible que les dé concreción. Arriesgamos la posibilidad de que al palpar el tomo verde de Emecé con toda —o casi toda— su obra reunida, al cobrar conciencia de que ahí, en ese pequeño y contundente objeto, se concentraba toda su vasta literatura, Borges haya decidido la redacción de su relato; decimos *haya decidido su redacción*, y no *haya concebido su idea*, porque es indiscutible y atestiguable que la idea seminal de un *libro absoluto*, capaz de contener entre sus tapas la totalidad de las textualidades posibles, rondaba ya en su cabeza desde los días de «La biblioteca de Babel», pero también es cierto que esa idea debió esperar 34 años para advenir a su realidad textual.

Lo que el libro de arena, en cuanto *cosa*, representa y encarna es la idea de *objeto recursivo*, esto es, de aquella cosa que se contiene a sí misma como parte, que se define por medio de sí misma, o que incluye partes que equivalen a la totalidad<sup>11</sup>. Bien sabemos que Borges consideró este tipo de recursividad la principal de las *magias* que definen al *Quijote*, por cuanto el libro llamado *Quijote* como objeto real aparece ficcionalizado dentro de la historia narrada, al ser leído y aludido por sus mismos personajes<sup>12</sup>, de igual manera que Sherazada narra la historia de marco de *Las mil y una noches* dentro de uno de los relatos de *Las mil y una noches*, Hamlet presencia la historia de Hamlet representada por unos actores en el acto tercero de *Hamlet*, y Velázquez se pinta a sí mismo pintando *Las meninas* dentro de *Las meninas*. El objeto recursivo se fundamenta matemáticamente en la teoría de los conjuntos y de los números transfinitos de Georg Cantor —autor conocido y comentado por Borges—, según la cual la parte puede no ser menor que el todo<sup>13</sup>, y cuyo símbolo es la letra hebrea

<sup>11</sup> Cfr. ALAGIA, HUMBERTO. «Indicios». En *Borges y la ciencia*. Prólogo de María Kodama. Buenos Aires: Eudeba, 2004, p. 139.

<sup>12</sup> «Este juego de extrañas ambigüedades culmina en la segunda parte; los protagonistas han leído la primera, los protagonistas del *Quijote* son, asimismo, lectores del *Quijote* [...]. ¿Por qué nos inquieta que don Quijote sea lector del *Quijote*, y Hamlet, espectador de *Hamlet*? Creo haber dado con la causa: tales invenciones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios» (BORGES, JORGE LUIS. «Magias parciales del *Quijote*», *Otras inquisiciones*. En sus *Obras completas II (1952-1972)*. Edición crítica anotada por Rolando Costa Picazo. Buenos Aires: Emecé, 2010, pp. 42-44).

<sup>13</sup> «Una genial aceptación de estos hechos ha inspirado la fórmula de que una colección infinita —verbigracia, la serie natural de números enteros— es una colección cuyos miembros pueden desdoblarse a su vez en series infinitas. (Mejor, para

*aleph*, elegida por Borges para nominar a su mágico y pequeñísimo objeto en el que cabe el universo todo, acaso el más célebre y claro de los numerosos objetos recursivos que abundan en su literatura<sup>14</sup>. Recordemos, sin ánimo de exhaustividad, otros emblemas o ideas similares: el minucioso mapa del imperio, que contiene y equivale al imperio; el *zahir*, que muta de forma, y en la suma de sus mutaciones agota las posibilidades del mundo entero; la enciclopedia de Tlön, que antecede y engendra a Tlön; el jaguar de la prisión del sacerdote Tzinacán, cuyas manchas reproducen la estructura del universo; la esfera de Pascal, cuyo centro, que está en todas partes, equivale a su circunferencia, que está en ninguna; la infinita biblioteca de Babel, que guarda en algún sitio un catálogo de todos sus libros que debe incluir al catálogo mismo; el jardín de senderos que se bifurcan, que agota las posibilidades de la historia, incluso las contradictorias; la potencialmente infinita serie de sueños encastrados de «Las ruinas circulares»; las enigmáticas piedras del cuento «Tigres azules», que aumentan o disminuyen su número y sientan de ese modo la absoluta equivalencia de todos los números; la memoria de Funes, que contiene todos los recuerdos en su singularidad sin poder reducirlos o abstraerlos, incluyendo los recuerdos de recuerdos de recuerdos; y desde luego, el libro de arena, cuyas hojas, infinitamente subdivisibles, agotan y no agotan la suma de todos los textos, incluyendo aquellos que corresponden a la obra completa de Borges, obra que incluye a su vez, claro está, al propio libro de arena. El libro de arena, bien que en forma implícita, se contiene a sí mismo, como también se contienen a sí mismos el mapa del imperio, el *aleph*, el jaguar de Tzinacán, la esfera de Pascal.

La idea de la recursividad infinita llega a Borges, muy probablemente, a partir de sus lecturas y meditaciones acerca de las paradojas de Zenón de Elea, a las que dedicó dos ensayos de *Discusión*<sup>15</sup>, pues todas ellas se fundan en la infinita divisibilidad de una magnitud finita. Así como Aquiles nunca

---

eludir toda ambigüedad: conjunto infinito es aquel conjunto que puede equivaler a uno de sus conjuntos parciales.) La parte, en esas elevadas latitudes de la numeración, no es menos copiosa que el todo [...]; ningún número tiene un sucesor o un predecesor inmediato. [...] Igual sucede con los puntos, según Georg Cantor. Podemos siempre intercalar otros más, en número infinito» (BORGES, JORGE LUIS. «La doctrina de los ciclos», *Discusión*. En sus *Obras completas I (1923-1949)*. Ed. cit., pp. 721-722). Como bien se advierte, en estas breves consideraciones Borges asocia explícitamente a las teorizaciones de Cantor el mecanismo de la recursividad infinita que define tanto a las paradojas de Zenón cuanto a su propia paradoja de las páginas del libro de arena.

<sup>14</sup> Cfr. MARTÍNEZ, GUILLERMO. *Borges y la matemática*. Buenos Aires: Eudeba, 2003, pp. 16-20.

<sup>15</sup> Cfr. BORGES, JORGE LUIS. «La perpetua carrera de Aquiles y la tortuga», y «Avatares de la tortuga», *Discusión*. En sus *Obras completas I (1923-1949)*. Ed. cit., pp. 417-420, y 426-430.

podrá alcanzar a la tortuga porque nunca logrará cubrir los diez metros que lo separan de ella, dado que antes de recorrerlos debería recorrer cinco, y antes dos y medio, y antes un metro con veinticinco centímetros, y antes sesenta y dos centímetros con cinco milímetros, y así *ad infinitum*, pues toda distancia, por ínfima que sea, puede seguir dividiéndose indefinidamente en magnitudes menores, del mismo modo el lector del libro de arena jamás podrá llegar a la página final, porque esta se dividirá en dos, y la segunda de estas dos volverá a dividirse en dos, y la segunda de estas nuevas dos volverá a dividirse, y así la contratapa, igual que la tortuga, nunca será alcanzada. Acaso no esté de más recordar que Borges conocía perfectamente las refutaciones antiguas y modernas de las paradojas de Zenón, que no son más que ingeniosas falacias, pero ni los argumentos de Aristóteles<sup>16</sup> ni los de Bertrand Russell<sup>17</sup> contra el venerable presocrático podían ofrecerle un material igual de fecundo y precioso para su imaginación poética<sup>18</sup>.

Si la infinita divisibilidad de las hojas del libro de arena remite a los trabajos de Borges sobre las paradojas de Zenón, la numeración no correlativa y caótica de ellas apela al método de contar de Funes:

En el ángulo superior de las páginas había cifras arábigas. Me llamó la atención que la página par llevara el número (digamos) 40.514 y la impar, la siguiente, 999. La volví; el dorso estaba numerado con ocho cifras. [...] No sé por qué están numeradas de ese modo arbitrario. Acaso para dar a entender que los términos de una serie infinita admiten cualquier número. [...] Si el espacio es infinito estamos en cualquier punto del espacio. Si el tiempo es infinito estamos en cualquier punto del tiempo<sup>19</sup>.

En lugar de siete mil trece, [Funes] decía (por ejemplo) *Máximo Pérez*; en lugar de siete mil catorce, *El Ferrocarril*; otros números eran *Luis Melián Lafinur*, *Olímar*, *azufre*, *los bastos*, *la ballena*, *el gas*, *la caldera*, *Napoleón*, *Agustín de Vedia*. En lugar de quinientos, decía *nueve* [...]. Yo traté de explicarle que esa rapsodia de voces inconexas era precisamente lo contrario de un sistema de numeración. Le dije que decir 365 era decir tres centenas, seis decenas, cinco unidades: análisis que no existe en los «números» *El Negro Timoteo* o *manta de carne*. Funes no me entendió o no quiso entenderme<sup>20</sup>.

Tanto el libro de arena como la memoria de Funes postulan un desorden que deriva de la pura acumulación de hechos o datos singulares sin relación alguna entre sí, irreductibles a una forma

<sup>16</sup> Cfr. ARISTÓTELES. *Física*. Traducción y notas de Guillermo R. de Echandía. Madrid: Gredos, 1995, libro VI, 231a-241b, pp. 336-386.

<sup>17</sup> Cfr. RUSSELL, BERTRAND. *The Principles of Mathematics*. 2ª ed. New York: W. W. Norton and Company, s.d., chapters XLII-XLIII, § 325-350, pp. 346-368; *Our Knowledge of the External World as a Field for Scientific Method in Philosophy*. 2ª ed. London: George Allen and Unwin Ltd., 1922, Lecture VI, pp. 155-182.

<sup>18</sup> Cfr. JOFRE, OSCAR. «Infinitos mundos y un solo Borges». En *Borges y la ciencia*. Ed. cit., pp. 225-238.

<sup>19</sup> BORGES, JORGE LUIS. «El libro de arena», *El libro de arena*. En sus *Obras completas III (1975-1985)*. Ed. cit., pp. 68-69.

<sup>20</sup> BORGES, JORGE LUIS. «Funes el memorioso», *Ficciones*. En sus *Obras completas I (1923-1949)*. Ed. cit., pp. 882-883.

secuencial o categorial que los vuelva inteligibles; las cuentas del peón uruguayo y las páginas del monstruoso libro se presentan como testimonios igualmente válidos de la adhesión lúdica de Borges al nominalismo medieval, que considera que la realidad se compone solo de individuos absolutamente independientes, incapaces de configurar clases o categorías, esto es, de ser reducidos, mediante abstracción de sus rasgos particulares, a sus rasgos comunes, y de constituir así géneros y especies: el que dos páginas contiguas lleven los números 40.514 y 999 en el libro de arena, y el que los números 7.013 y 7.014 se llamen en la nomenclatura de Funes *Máximo Pérez* y *El Ferrocarril*, expresan la realidad de que esos pares no constituyen secuencia, y por lo tanto no se relacionan, sino se presentan como hechos meramente yuxtapuestos, del todo autosuficientes y desligados entre sí, que atestiguan la condición caótica e indescifrable del universo.

Un universo caótico e indescifrable suscita, desde luego, una sensación a la vez de fascinación y de terror, conforme a las notas solo en apariencia contradictorias de lo *fascinans* o *mirabile* y lo *tremendum* que definen a lo sagrado en la clásica fenomenología religiosa de Rudolf Otto<sup>21</sup>; las mismas paradójales reacciones, claro está, provocan los objetos y las realidades que encarnan o sintetizan ese universo cuya impenetrable infinitud atrae tanto cuanto repele, como el aleph, el zahir, el jaguar de Tzinacán, la incombustible criatura soñada por el mago de «Las ruinas circulares», las innúmeras piedras de «Tigres azules», la memoria de Funes, o el libro de arena. El propio Borges sentó la equivalencia de estos variados objetos, en cuanto atrayentes y repelentes, en diálogo con Osvaldo Ferrari, en 1984, al observar que «“El libro de arena” es “El Aleph”, “El Zahir”, “Funes el memorioso” más o menos disfrazado. Es decir, la idea de algo que parece precioso y que luego es terrible»<sup>22</sup>. En efecto, el protagonista y narrador del relato, que en un primer momento se ve seducido por el maravilloso objeto que le ofrecen en venta, a poco de haberlo adquirido comienza a sentir los efectos de la turbación y el terror: no sabe dónde guardarlo, no logra concebir el sueño, no quiere mostrárselo ni mencionárselo a nadie, por miedo a que se lo roben; no sale de su casa por no apartarse del libro, sueña constantemente con él. Cada vez más, los aspectos terribles del objeto se imponen a los

<sup>21</sup> Cfr. OTTO, RUDOLF. *Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*. Madrid: Alianza, 1980, pp. 22-66.

<sup>22</sup> BORGES, JORGE LUIS y OSVALDO FERRARI. *Reencuentro. Diálogos inéditos*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999, p. 44.

seductores: «Declinaba el verano, y comprendí que el libro era monstruoso. De nada me sirvió considerar que no menos monstruoso era yo, que lo percibía con ojos y lo palpaba con diez dedos con uñas. Sentí que era un objeto de pesadilla, una cosa obscena que infamaba y corrompía la realidad»<sup>23</sup>.

El desenlace es la llave maestra que nos permitirá practicar debidamente las apuntadas conexiones de «El libro de arena» con «La biblioteca de Babel», desde siempre advertida, y con las *Obras completas* del propio Borges, que aquí proponemos:

Recordé haber leído que el mejor lugar para ocultar una hoja es un bosque. Antes de jubilarme trabajaba en la Biblioteca Nacional, que guarda novecientos mil libros; sé que a mano derecha del vestíbulo una escalera curva se hunde en el sótano, donde están los periódicos y los mapas. Aproveché un descuido de los empleados para perder *El libro de arena* en uno de los húmedos anaqueles. Traté de no fijarme a qué altura ni a qué distancia de la puerta<sup>24</sup>.

Piezas emblemáticas como «El sur», «El Aleph», «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», «El Zahir», «Funes el memorioso», «Juan Muraña», entre otras, nos han acostumbrado a encontrar al Borges empírico, autor de los textos, metamorfoseado y autoficcionalizado como narrador o como personaje de estos<sup>25</sup>; «El libro de arena» reitera este artificio mediante inequívocas alusiones autobiográficas, como su vivienda de la calle Belgrano –en esa avenida vivió Borges durante su breve matrimonio con Elsa Astete Millán–, su especial gusto por las biblias inglesas, y, sobre todo, su condición de jubilado de la Biblioteca Nacional. El depósito del libro de arena en la Biblioteca Nacional posee, según conjeturamos, dos funciones narrativas de remisión extratextual. Por una parte, establece un vínculo con su declarado hipotexto, «La biblioteca de Babel», pues al ser llevado a una biblioteca ese libro que es en sí mismo una biblioteca ejecuta un regreso simbólico a su modelo arquetípico: nació de la nota que figura al pie en el final de «La biblioteca de Babel» como una condensación de esta, como un *aleph* resumidor de ese universo «que algunos llaman la biblioteca», y ahora, tras haberse desarrollado como relato en un texto propio, regresa a la matriz de donde nació, a su *fons et origo*, al igual que hacen los mundos de las mitologías cíclicas cuando, tras agotar el *eón* de su manifestación, vuelven al caos primigenio antes de emprender una nueva manifestación *ad extra*. Pero Borges elige representar

<sup>23</sup> BORGES, JORGE LUIS. «El libro de arena», *El libro de arena*. En sus *Obras completas III (1975-1985)*. Ed. cit., p. 70.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>25</sup> Para los aspectos autobiográficos de la obra de Borges, véase el imprescindible estudio de LEFERE, ROBIN. *Borges. Entre autorretrato y automitografía*. Madrid: Gredos, 2005.

aquí la biblioteca de Babel mediante una referencia realista y autobiográfica a *su* biblioteca, a la Biblioteca Nacional que tan unida está a su propia vida; mediante este gesto, la remisión extratextual ya no opera solo por relación al hipotexto concreto de «La biblioteca de Babel», sino que señala a la totalidad de los textos posibles, a la vasta plétera de textos que es capaz de albergar una biblioteca como la Nacional, y que se encuentran condensados, reelaborados y reinterpretados en la propia obra de Borges, cabeza y alma de esa biblioteca durante 17 años, que acababa de publicar, apenas ocho meses antes, su propio libro de arena, ese volumen de tapas verdes donde se concentra la –casi–totalidad de su literatura, esa especie de esfera textual infinita que, como la de Pascal, tiene un centro que está en todas partes –cualquiera de sus páginas ocupa el centro– y una circunferencia que está en ninguna –cualquiera de sus páginas se expande *ad infinitum* mediante una inacabable red de remisiones y relecturas que no cesan de engendrar más y más sentidos<sup>26</sup>. En su cuento de 1975 Borges se autorrefiere, de este modo, en forma múltiple y compleja: se autorrefiere mediante la tácita alusión a la biblioteca de Babel que engendra al libro de arena, pero también mediante el significado de este libro, con sus hojas infinitamente divisibles, en cuanto símbolo de su teoría de la lectura y de la escritura como intertextualidad y semiosis sin fin, de la red inacabable de reelaboraciones e interpretaciones que todos los textos, y particularmente los de Borges, son capaces de provocar, haciendo que cada uno sea el centro ubicuo de inconmensurables circunferencias de sentido que se expanden y multiplican<sup>27</sup>; finalmente, se autorrefiere también Borges en el libro de arena, de una manera acaso más cordial e íntima, al reflejar en su concepción la reciente realidad de su tomo de *Obras completas*, condensación material de una literatura que relea y reescribe la entera y vasta

---

<sup>26</sup> Jean François Daveti ha señalado con precisión que el libro de arena, con sus páginas en incesante multiplicación, es una metáfora de la lectura, que al admitir numerosos y progresivos sentidos posibles acaba por no definir ninguno: «Le livre de sable, livre sacré, indéchiffrable, renvoi de manière hyperbolique au mystère de la lecture [...]. Cet objet multidimensionnel participant à la fois de l'univers de l'écriture et de l'écriture de l'univers concretise un déficit, une vaste échappée du sens» (DAVETI, JEAN FRANÇOIS. «Critique du récit et magie du discours dans "Le livre de sable" de Jorge Luis Borges». En ROMERO, JULIA (coord.). *Jorge Luis Borges: lectures d'une oeuvre*. Nantes: Éditions du Temps, 2004, p. 93).

<sup>27</sup> Los estudios acerca de la concepción borgeana de la literatura como perpetuas relectura y reescritura, y de la condición meramente textual de la realidad, elementos centrales de su poética y de su praxis de escritor, son casi innumerables; bástenos referir aquí unos pocos libros íntegramente dedicados al tema: LAFON, MICHEL. *Borges ou la réécriture*. Paris: Éditions du Seuil, 1990; ECHEVARRÍA, ARTURO. *Lengua y literatura en Borges*. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert, 2006; BRAVO, VÍCTOR. *El orden y la paradoja. Jorge Luis Borges y el pensamiento de la modernidad*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2004; BLOCK DE BEHAR, LISA. *Borges, la pasión de una cita sin fin*. México: Siglo XXI Editores, 1999; LEONARDI, EMANUELE. *Borges. Libro-mundo y espacio-tiempo*. Prólogo de Noé Jitrik. Buenos Aires: Biblos, 2011.

literatura del mundo, y que es releída y reescrita a su vez, sin cesar, por la literatura posterior, tanto propia como ajena.

Al igual que el personaje narrador ante el libro de arena, el Borges real debió sentir, ante la corporización de su obra en un único volumen, una contradictoria moción de felicidad, de posesión, de vértigo y de horror; debió también sentir que la clausura de su obra entre esas tapas verdes era apenas aparente y sin duda falaz, pues su obra no estaba completada, permanecía abierta a más y más correcciones y versiones por su parte, así como a nuevas, crecientes y opuestas interpretaciones por parte de los lectores. Nunca una obra está concluida, nunca es completa, nunca un texto se cierra, siempre sus páginas, como las del libro total y fatal, podrán seguir desdoblándose y desdoblándose en infinitas reescrituras y relecturas. En estas cosas habrá pensado Borges, quizá, cuando cerró los ojos en Ginebra, el 14 de junio de 1986; habrá sentido el alivio de clausurar finalmente, por su parte, una obra de la que ya no habría más versiones y correcciones, pero habrá experimentado todavía el vértigo de saber que, por parte de lectores y críticos, no cesarían aún, no cesarían jamás, las múltiples lecturas. Hoy, cuarenta años después, es la cultura argentina entera la que sigue experimentando el *vértigo Borges*, la sensación y la convicción de seguir releendo, reescribiendo y reviviendo, como en un destino a un tiempo bienaventurado y terrible, la inexcusable e incesante textualidad borgeana, que –lo sabrá Dios, y lo sabrá Borges– nos da alas y lastre, alimento y hartazgo, aire y cárcel, cada vez que, al aproximarnos a la página pretendidamente final de nuestra personal y perpetua versión, advertimos, felices y resignados, que aún, y siempre, el libro total nos impone una página más.